



UN RETRATO

SONETO

Gentíl, esbelta, pálida y graciosa,
 los dorados cabellos la envolvían;
 y al sonreir, sus dientes parecían
 granizos en el cáliz de una rosa.

Cual música lejana y misteriosa
 de su labio las frases conmovían,
 y sus miradas y su andar tenían
 candor de vírgen y altivez de diosa.

¿La amé yo? ¿nos amamos? ni lo creo:
 quimera de mi mente acalorada,
 ó espejismo sublime del deseo,
 pasó como el fulgor de la alborada,
 y hace ya cuarenta años no la veo...
 ¡bonita debe estar la condenada!

Manuel del Palacio.

El retrato correspondiente al día de hoy no ha podido darse. Creimos que únicamente podría llenar este puesto de honor la firma del célebre poeta MANUEL DEL PALACIO que accedió a nuestro ruego escribiendo el soneto que hoy abriga nuestra primera página.



Un día se necesit: prosa y hago prosa. Otro falta verso y al verso me lanzo con una resignación admirable. Falta ahora la *Crónica de la semana* y me pongo á escribir una crónica.

Cualquier día se me marchan los repartidores y salgo yo por ahí con una blusita azul y el paquete de ejemplares bajo el brazo echando el **EXTRACTO** por las rendijas de las puertas.

Esta «multiplicidad» de aptitudes comprendo que «me honra», pero á la verdad, me dá muy malos ratos y á veces me hace odiar el mundo y la industria literaria y las letras pátrias y la primera papilla y todo.

Pero, en fin, como el lector que paga no tiene que ver con estas amarguras íntimas, pongamos buena cara y vamos adelante.

* *

Terminadas las fiestas, queda muy reducido el número de los asuntos que pudieran ser objeto de esta crónica.

No tenemos impresiones taurinas

que reflejar, ni bailes que describir con pluma poética y mas ó menos galana, ni festivales infantiles de que hacer revista enterneciéndonos al hablar de los niños como si los hubiéramos dado á luz, ni veladas, ni nada.

Lo único grato y digno de mención que nos queda, y eso porque aún arrecian los calores, son los forasteros, los cuales continúan siendo el encanto y la alegría de las personas locales aunque sencillas.

¡Oh, los forasteros!

Lo que los periódicos han dado en llamar «colonia veraniega» es indudable que cambia todos los años el aspecto de nuestra población, alegrándola, animándola, trayéndonos á los que hemos visto «la luz primera» en esta *bella Helenes*, unas auras de cultura y de elegancia que nos vienen de perlas.

En estas poblaciones casi vírgenes no hay nada como el forastero que es delicia y encanto del indígena.

Nosotros nos pasaremos la mayor parte del año consagrados á nuestros habituales quehaceres y á los placeres honestos y patriarcales de desacreditarnos en familia y de arrancarnos la piel en silencio.

Pero llegan, cruzando el etéreo azul, las primeras golondrinas, abren sus botones las primeras

rosas, aparecen en el andén los primeros forasteros con sus gabanes de dril y sus sombreros de paja, y ya no nos pertenecemos, lanzándonos en sus brazos y abriéndoles nuestro corazón y, lo que es peor, nuestra despensa.

Olvidamos «luchas intestinas» y confraternizando los vecinos nos disputamos el honor de agasajar al *touriste*, obsequiándole con gaseosas dentro de la población y con vasos de leche vista ordeñar en las poéticas excursiones campestres.

—¿Ve usted?—solemos decir al forastero acompañándole en la expedición y tratando de meterle por los ojos los encantos naturales del país.—Pues ese es el tan aplaudido río Lérez cuyas ondas tranquilas surcaron todos los personajes que nos han honrado con su visita, desde el Infante de Portugal hasta el *Bebe-Chico*. Los pintores pintan todo esto, los oradores han pronunciado aquí brillantes discursos y los poetas no se cansan de entonar cantos al río. Precisamente ahí, junto á ese roble, va á hacer tres años que Gomez, un poeta muy listo que tenemos aquí, le leyó unos versos á Cánovas dedicados al río y por poco tenemos que sacar á don Antonio entre cuatro porque se habia desmayado.

—Y aquello que hay allí arriba acabando en punta ¿qué es?—pregunta el huésped interrogando el horizonte con la mirada y destapando el cesto de la merienda que llevamos en su obsequio.

—Ah!—exclamamos llenos de pátrio orgullo—¡eso es la torre de Mourente!.. ¡Una preciosidad! En esa torre, donde usted la vé, estuvo el Rey y Romero Robledo... Pero ¡qué panorama! Desde allí se divisan cuatro ó cinco rías... Una por aquí, otra por allí, otra por allá...

Y cuando acabamos de describir el panorama de la torre de Mourente, ya el *touriste* ha despachado los fiambres del cesto exclamando:

—¡Magnífico!

—¿Conque le gusta á V. esta campiña?

—Si señor, y esta carne mechada.

* * *

Gracias á «la inmigración veraniega» vamos nosotros adquiriendo ciertos hábitos elegantes y la distinción que empieza á caracterizarnos.

Hay quien en cuanto vé llegar por el camino de la estación á alguna dama forastera con el *cabat* en la mano, sombrerillo con velo y cierta soltura personal, ya está imaginándose que se trata de la esposa de un alto funcionario que viene á refrescarse las carnes, ó de alguna Duquesa hastiada de palacios y *landoses* que, ahita de placeres mundanos, viene aquí á gozar del espectáculo de la naturaleza virgen.

Puede haber de todo, pero muchas veces, la que se cree princesa rusa, acaba por resultar el ama de una casa de huéspedes de Madrid que trata de establecer su industria en una población económica.

En cuanto á los forasteros del ramo de hombres los hay que son una seducción por su natural elegancia y su despreocupación ingénita.

Andan por ahí adelante rindiendo corazones con sus zapatos de lona y sus fagines de seda de matices verdes, blancos ó azules, lo cual en el lenguaje de los colores y según los casos, quiere decir: «Corro tras la esperanza», «Soy puro como el azahar», «Me matan los celos... aquí, en el vientre», etc. etc.

Es natural que nos admiremos con frecuencia ante estos prototi-

pos de la elegancia y que alguna vez oigamos decir:

—Ese debe ser un distinguido *gentleman*.

—Ca, no señor. Es un viajante de la casa Mathet y C.^a que trabaja en zapatillas de alfombra y bujías estearicas.

Lo que resulta insufrible es el forastero descontentadizo.

Todo lo encuentra mal. No se explica como vivimos aquí, ni como cabemos en el salón del Casino en un día de baile, ni como comemos estas carnes, ni como fumamos los pitillos de estos estancos, ni como nos labamos con nuestras aguas.

Quien lo oiga cree que él es el Sultan de Marruecos y que come piccs de ángeles y que se asea los pies

con Rhin todas las mañanas y que las hadas le tejen la tela para los calzoncillos.

La verdad es que se encuentra uno forasteros apreciables, atentos, finos, dignos de ser queridos y agasajados.

Pero tambien es cierto que hay otros muchos de la clase de cargantes, que solo merecen nuestro desdén si pensamos en que tal vez ellos sean procedentes de un sotabanco de la calle del Tribulete y de que por aquí, á Dios gracias, comemos lo necesario y aún estamos regularmente de prendas interiores.

Lo cual debe darnos cierta superioridad.

Forastero Ulla

AMANECEER



Al naciente fulgor del nuevo día
miro esfumarse tu gentil figura,
rompiendo la monótona tersura
de la incierta y borrosa lejanía.

Celajes incoloros todavía
se ciñen á tu clásica hermo. ura,
formando una flotante vestidura
que la deidad más alta envidiaría.

Y mientras en Oriente parpadea
la luz que de las sombras vencedora,
con las últimas nieblas forcejea,
puesta en mí tu mirada soñadora
parece que en tus labios juguetea
la plácida sonrisa de la aurora.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.

VIA LIBRE

NLLA gozaba mucho viajando —Gustábanle las fondas de Estación, los pueblecillos que al correr del tren se distinguían, los tipos que por todas partes tropezaban, el movimiento y la vida de emociones.—¡Cuanto, pero cuanto se lo agradecía! Siempre que pensara en casarse no encontraba completo el cuadro de su felicidad sino había un viajecito de novios.— ¡Era tan elegante y debía dejar tan gratas impresiones!... Después bajó la voz y hablaron, hablaron mucho, acariciándose con los ojos y fundiendo sus almas con la expresión y el acento que daban á sus palabras.

En el mismo vagon de primera y sentado delante de los novios, un sacerdote joven y regordete, con gafas de oro, la mirada dormilona y la tez muy blanca, leía ó rezaba en un Breviario procurando sustraerse á la atracción que tenía aquel idilio de dos enamorados.—A ratos suspendía la lectura, cerraba los ojos con beatífica expresión y sus labios se movían cual si rezara; paseaba luego una mirada vaga é indecisa por los enamorados y volvía otra vez á engolfarse en su lectura.

El tren corría y corría con la velocidad de un exprés, silvaba á ratos con quejidos que repercutían en lejanos horizontes y con el trepidar monótono de su herrage arruillaba á un tiempo la charla adorable é insustancial de los amantes y el silencioso rezo del sacerdote. Acortó su marcha, y lentamente entró en ahujas marcando su paso las ruedas en las placas giratorias que gimieron temblando bajo el peso del convoy.

—Arévalo, un minuto.

Abrióse la portezuela del vagón y á estorbar el rezo y el idilio entró en él un cadetillo joven, de incipiente bigote, picaresca mirada y modales desenvueltos. Cerraron tras de él la portezuela, sonó la campanilla y entre el zumbido del vapor y el estridente silbar de la locomotora, arrancó el tren lentamente con la magestad de un rey.

Colocó el cadete su maleta en la regilla, desciñóse el cinturón, y encendiendo un cigarrillo pasó revista á los compañeros de viaje, deteniendo el análisis en la novia con visible malestar de su marido. El Padre seguía rezando, con su carita beatífica, de tez blanquísima, ageno completamente á la tormenta que á su alrededor nacía.

Cansábase el cadete de tan largo silencio y aunque sus ojos suplían cerca de la novia el forzoso descanso de la lengua, no era aquello, para su temperamento inquieto, ocupación que bastara á complacerle; así fué que corriéndose en su asiento hasta colocarse enfrente de la pareja y al lado del sacerdote, interrumpió á éste en su lectura diciéndole con marcada impertinencia.

—¿Va V. á muy lejos, Padre?

El curilla suspendió su lectura y mirándole con serenísima mirada respondió sin vacilar:

—Voy á donde la voluntad de Dios quiera llevarme.

—Zape! pues no lleva V. pequeño viaje á juzgar por lo larga que debe ser la voluntad de Dios.

—Los dos llevamos el mismo, amigo mio, que nuestros propósitos están sometidos á la intención de Dios.

—V. perdone, Padre, los míos están sometidos á los propósitos del Coronel que tiene mas intención que Dios.

Juzgó el sacerdote prudente terminar la conversación, y engolfándose de nuevo en la lectura, continuó su rezo, á tiempo que silbaba la locomotora y el tren se introducía en la semi-oscuridad de un tunel, que fué muy pronto oscuridad completa porque el torrente de aguas que caía apagó el farol de aquel vagón.

Corría el tren con ruidos ensordecedores, gemían las ruedas bajo la opresión de los frenos, jadeante la máquina vencía la pendiente, los huéspedes del vagón callaban y la atmósfera del departamento sentíase pesada y húmeda con la densidad del humo y del vapor y el aroma poco grato del aceite y del carbón. De pronto, cual si en la oscuridad brillara y acallando con su estallido todos los ruidos oyóse un beso claro y distinto, provocativo y temerario; y casi enseguida sin mediar un espacio de tiempo apenas apreciable sonó una tremenda bofetada, imponente, alarmantísima, de las que dejan indelebles huellas y marcan el rostro de quien la recibe. Después reinó el mismo silencio en el vagón, la misma oscuridad en el tunel, el mismo trepidar horrísono del tren. Un silbido alegre anunció la terminación de aquel suplicio; brilló lejana la luz del día, los ruidos se esparcieron en los amplios horizontes y la densa atmósfera que en el vagón reinaba se desvaneció en los aires renovándose por mas puros ambientes.

Todo estaba casi igual.—El cadete en la esquina opuesta á la que los novios ocupaban, fumaba risueño y distraído cual si nada hubiera ocurrido. El cura reanudaba su lectura con la faz encendida hasta el rojo fuego, una mejilla hinchada, los ojos mas entornados y el ademán sereno. El novio como la fiera en acecho pasaba la vista del cura al cadete y del cadete al cura, y la novia con los ojos muy abiertos interrogaba todas las caras sin encontrar la explicación de los ruidos que percibiera.

Tocaba á su término el viaje. De nuevo el tren acortó su marcha y de nuevo se detuvo en la Estación.

—Valladolid y fonda—gritó una voz que parecía un clarín.

Abrense las portezuelas, y desde la berlina hasta el furgon, brotan que no salen, hombres, mugeres, niños y animales que en confuso torbellino invaden el espacioso andén. Aquí se abrazan, allí se besan, unos ríen y otros lloran, rueda ensordecedora la carretilla, gritan mozos los hoteles y en el concierto de ruidos sobresale lastimero el aullar de un can, que curioso recorría los grupos y lleva como aginaldo de bienvenida una pata en el aire y el grito en el cielo.

Abriéndose paso entre la gente atraviesan el andén los dos enamorados. ¿Qué hablan que tan presto pudo cambiar en contento el asombro de ella y en regocijo el sobresalto de él?

No lo sabemos, solo si nos consta que el cadete refería á sus colegas en la Estación que al pasar un tunel se besara una mano para alarmar á un marido y que á consecuencia de aquel beso sonara un tremendo bofetón; y cuando la algazara era mayor y las risas más estrepitosas, sereno y digno con sus gafas de oro, la tez muy blanca y el Breviario al brazo, atravesaba el andén el cura y con reposada voz dijo al cadete:

—Ya V. lo vé, amigo mio, Dios ha dispuesto que me quede en Valladolid.

AUGUSTO G. BESADA

ADIOS Á GALICIA

SR. D. TORCUATO ULLOA

Mi querido amigo: Prometí á V. escribir algo para el *EXTRACTO DE LITERATURA*, y vine aquí con buenos propósitos, pero nada mas.

Mi adios á Galicia, á esta tierra benéfica á quien debo el ver mi salud restaurada, no puede ser cosa de interés para nadie. Mi admiración por ella es mucha; mi agradecimiento inmenso, y es sabido que cuando de veras se admira y cumplidamente se agradece, calla el labio, y la pluma inmóvil ante el papel se resiste á escribir, por no encontrar frases lo suficientemente expresivas.

Muy pronto estaré de vuelta entre los míos; y cuando Madrid, ese horno en que se queman y acenizan todos los sueños, todas las ilusiones, empiece á mermar las energías que prodiga Galicia me concediera, yo le prometo á V., yo le juro mi querido Ulloa, que tendré constantemente un recuerdo para esta tierra bendita.

Galicia merecerá por siempre y tendrá de continuo un lugar en el arca santa de mis mas caros recuerdos. Dióme en las tintas suaves y melancólicas de su variado y pintoresco paisaje, gozo para mi fatigada imaginación; en la amistad de sus hijos cariñosos, ocasiones gratas de sabroso esparcimiento: en la contemplación de sus hermosas mujeres, ejemplos vivos de belleza exhuberante, algo que será mas duradero, por que logró entrárseme hasta lo íntimo de mi alma.

Yo he corrido incesantemente por las campiñas de la sin par Pontevedra, no con la celeridad del que de todo se aburre, sino con el anhelo del que leyendo un libro que en absoluto le satisface, y sin tiempo para meditar sobre cada una de sus páginas, corre y corre deseoso de llegar hasta el fin antes de que el tiempo le falte.

Los mejores propósitos suelen, no obstante, tornarse estériles en la mayoría de los casos, bien á pesar nuestro. Me dejó el libro sin terminar, querido Ulloa: pero como su texto me entusiasma, volveré de nuevo á la interrumpida lectura... cuando Dios quiera.

Usted y yo tenemos gustos afines. Guiado por su mano, recorreré algún dia lo que me queda que ver del jardín de Galicia. Con tal maestro ¿dejará el discipulo de hacer cosa de provecho? Me atrevo á asegurar que no.

Usted, además de buen amigo, es buen gallego. Yo, me tengo por lo primero y aspiro *aínda* á lo segundo. Acuérdesse de mi—se lo ruego—siempre que crea que, dentro de mi insignificancia, puedo hacer algo en *pró da terra*.

Entre tanto, reciba un abrazo y el adios que casi desde el tren le envia su compañero en letras y amigo afectísimo,

FIDEL MELGARES.

Redondela 3 Agosto 1893.



EL VALOR DEL DINERO

I

Hace unos días —no puedo precisarlo— al volvér Rafaelito del colegio, colorado, brillante la mirada, agitado, impaciente, alegre, inquieto, olvidándose dar las «buenas tardes» pero sin olvidar ir por el beso con que su amante madre le brindaba exclamó:—Ya logré ser el primero! Preguntaba el maestro: ¿Qué es *el mio*? Y á su pregunta sucedió el silencio. Uno dijo por fin: —Es adjetivo... —Una preposición... No, que es un verbo? Y yo dije: Es pronombre... Y desde el quinto me coloqué en los bancos el primero.

El padre del muchacho, deseoso de aquilatar por sí tan gran suceso para que lo casual no consiguiera la distinción debida solo al mérito. Y ¿porqué es un pronombre?—dice al niño, pero éste no se turba ni un momento y responde: Porque hay nombre suplido. El *mio*, dicho así, queda incompleto ms si hablamos de libros ó juguetes y decimos *el mio*, ya entendemos que al libro ó al juguete se refiere y que de posesión nos da un concepto.



La madre premia con caricias dulces lo que en su niño juzga un gran portento, y el padre para dar á Rafaelito más material y provechoso premio le entrega un duro y recomienda al niño que lo gaste con calma y con talento, pues «el dinero tiene dos valores: el que le dan la ley, el cuño y peso, y otro más importante, el que le presta la intención al gastarlo y el empleo.»

II

¡Y que no está contento nuestro niño con aquel dineral, justo trofeo de aplicación!... ¿En que podrá emplearlo? El solo necesita resolverlo pues le dejaron solo ir á la calle. Un cuaderno de apuntes lo primero



con su pasta de piel, su carterita
 sus hojas de marfil y un lapicero.
 Allí podrá apuntar todas sus compras,
 y avivar con las notas sus recuerdos.
 Después, yemas de coco, unos mercengues
 batatas, acitrones, caramelos,
 un bastón de ballena... unas estampas...
 y luego lo que el niño vaya viendo.
 Y Rafael, impaciente por gastarse
 el duro aquel que le ha valido el premio,
 compra la carterita—cinco reales—
 y bastón de ballena—cuatro y medio.
 Después en casa de Roldan penetra,
 que es de los más famosos confiteros,
 y entra á saco en los dulces con tal brío
 que para devorar le falta tiempo.

Aún queda una peseta... ¿En qué la gasta?



Va á anochecer, se siente mucho fresco
 Y hay que volver á casa... Pero ¿dónde
 ha puesto su bastón? Ah! si; un pilluelo
 en la calle Mayor se lo ha robado
 y por la del Factor sube corriendo.

Esto disgusta á Rafaelito tanto
 que resuelve comprar en el momento
 otro bastón: aún tiene cuatro reales;
 pero el bastón le cuesta cuatro y medio.

Y en estas dudas se encontraba absorto
 cuando una niña le salió al encuentro
 pálida, sin abrigo, sollozando
 y una limosna con afán pidiendo:

—Mi padre no trabaja, está muy malo,
 dos dias hace ya que no comemos

más que un poco de pan... ¡Una limosna
 para mi pobre padre que está enfermo!

Rafaelito se siente conmovido
 y dá á la niña su postrer dinero.

Esta lo mira al pronto con asombro,
 rompe á llorar y márchase corriendo
 gritando:—Padre! Padre!... voz amante
 que fué enseguida repitiendo el eco.

III

Al volver á su casa Rafaelito
 se sentía tan mal de todo el cuerpo,
 que ni aún pudo contar la inversiónada
 durante aquella tarde á su dinero;
 grandes retortijones y sudores
 fuertes y acompañados de mareos...
 En fin, le fué preciso guardar cama,
 taracarse de té, llamar al médico



y escuchar con temblor que éste decía después de averiguar varios extremos: Un cólico de dulces... Por muy poco se muere por glotón este muñeco; pero así aprenderá y en adelante invertirá mejor cualquier dinero. Esto lo dijo el médico en voz alta y añadió á media voz: calma, sosiego y dieta nada más... Quise asustarlo... ¡Dentro de algunas horas está bueno!

IV

Muy pronto se curó de la dolencia, según pronosticara aquel Galeno, y á la mañana del siguiente día, junto á la misma cama del pequeño el padre que ni un punto le abandona

leía en un periódico este suelto:

«Presa ayer de la indigencia y en un raptó de locura un obrero sin ventura quiso acabar su existencia. Una niña iba con él y él fingiendo enojo ó riña, apartose de la niña á su mal designio fiel, y se alejaron los dos, él, el *viaducio* buscando, y ella á la gente implorando una limosna por Dios. Más, cuando él estaba lejos *Padre!* oyó que ésta decía y le buscaba y corría delante de los Consejos *Padre!* repetía inquieta no desoigas mi cariño. Me acaba de dar un niño de limosna una peseta! Parose el padre enseguida Sintiendo allí honda mudanza y abrigó nueva esperanza y renació á nueva vida Bendita la caridad! Bendito aquel niño sea que así su fortuna emplea desde su más tierna edad.»
Rafaelito, escuchando la lectura



estuvo por gritar: ¡Ese es mi premio! Más supo contenerse, recordando que el bien se debe hacer en el misterio. Pero la tierna madre que adivina cuanto ignora, ó que se halla en el secreto por haber ordenado que un sirviente, siguiera en su escursión al muchachuelo, se dirige á la cama y á su niño pretende, al parecer, comerse á besos, en tanto que su padre conmovido repite cual queriendo ser austero: —¿Ves? el dinero tiene dos valores el que le dan la ley, el cuño y peso y otro más importante el que le presta la intención al gastarlo y el empleo.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

FRAILERIAS

RECUERDO haber leído no hace mucho que el P. Coloma tuvo que habérselas en la huerta de su convento con unos ladrones, y *trompis* aquí, puntapié acá, á este quiero á este no quiero, los despachó sin más requisitos, é hízoles volverse por donde habían venido.

Seguramente no creerá el P. Coloma que á este suceso puede llamarse *pequeñez*, porque considero mil veces más fácil hacer que muera cristianamente en una novela un Jacobo, el más impío de los de su nombre incluso el ginebrino Juan Jacobo, que poner en razón á puñetazo limpio á tres sugetos que asaltan una huerta de jesuitas los cuales han tenido y tienen por lema el refrán: «donde las dan las toman.»

Pero sea ó no *pequeñez* lo que hizo el P. Coloma con los rateros en cuestión, y salvada mi opinión de que en el Padre de Curra no son *pequeñeces* todo lo que reluce, voy á echar mi cuarto á espadas en materia de pujanza regular, se entiende de clérigos regulares, refiriendo una anecdotilla de que ahora me acuerdo, y es como sigue:

Un capuchino de Mendon, hermano limosnero, volviendo á su convento con lo que había recogido en la colecta de aquel día, la cual había sido más que abundante, fué detenido por un bribón que, pistola en mano, pidióle la bolsa ó la vida, aunque más fácil es tomar la segunda que hacer que entreguen la primera los que, cual nuestro limosnero, aman al vil metal más de lo que fuera regular, y advierto á *contrario* que esto de regular no es el derivado de regla, sinó el adverbio de cantidad de que hablan los epitomes de la Academia con el menos esplendor y la menos firmeza posible.

El fraile hizo al salteador las más oportunas reflexiones, diciéndole como el matarle era gastar pólvora en salvas, que un hombre de su traje tenía bien poco que dar, etc. etc, y pasado del capítulo de súplicas al epílogo de la conformidad y resignación, vista la insistencia del ratero que hacia oídos de mercader muy conocedor del paño aquel de que estaba hecho el traje del capuchino, concluye por vaciar sus mangas, cepo y saco y reúne en total unas cien pesetillas, que el ladrón se embolsa tranquilamente, mientras guarda su pistola, y despues de verificado el desbalijamiento, dá media vuelta y toma tranquilamente el camino opuesto al que llevaba el limosnero.

Este, á quien se le ha ocurrido una idea, le llama.

—Señor—le dice—me parece que sois bastante humano en vuestro proceder, y voy á pedir os un favor.

—Dilo pronto.

—Voy á mi convento, y al pedirme cuentas, tendré necesidad de justificar que me han robado, porque de no hacerlo, sufriré un castigo mil veces más cruel que la muerte; conque así os suplico encarecidamente que me mateis ó proporcionadme una excusa ó salvaguardia.

—¿Y qué quereis que os haga, padre?



—Disparad vuestra pistola en cualquier parte de mi hábito para demostrar que hice alguna resistencia.

—Bueno: extended el hábito, que allá vá.

Y dicho y hecho: el fraile extiende su hábito, el ladrón dispara la pistola, y aquel observa.

—Mas ¿qué es esto? ¿Erraisteis la puntería? ¡Aquí no se conoce el tiro!

—Já! já! Si mi pistola estaba cargada con pólvora sola. Yo no pensé jamás haceros daño, y si solo meteros miedo..

—¿Y no llevais más armas?

—No, padre.

—¿Conque pólvora sola y sin armas? ¡Aquí te quiero yo, so tunante! Ahora estamos con armas iguales... ¡veremos si te burlas de mi!

El fraile que era de buen cerviguillo, corpulento y vigoroso, la emprende á puñetazo limpio con el cándido ladrón, lo muele á golpes, déjalo tendido en el sitio medio muerto; recobra su dinero y sigue su camino para contar en el convento su proeza que á toda la comunidad llenó de alegría é hizole prorrumpir en alabanzas del solapado limosnero, y, según cuentan las crónicas, habiéndose propalado la noticia, aunque un tanto desfigurada, puesto que se dijo que era el mismo diablo el ladrón chasqueado y vapuleado, fué tenido el fraile en olor de santidad y comparado con el propio Israel, aunque este peleó con un angel bueno y el capuchino con el angel malo, erigiéndose una capilla en el lugar del suceso y celebrándose allí una concurrida romería.

¿Si habrán sido tres demonios los que el P. Coloma sopapeó en Deusto? ¿O serán tres editores ó tres deudos de la Duquesa de Vistahermosa, la de los retratos de «La Epoca?»

JOSÉ G. ACUÑA



EPIGRAMAS

El doctor don Gil Llorente,
médico en hidroterapia,
cuando muere algún cliente,
dice siempre que lo *siente*...
y es sordo como una tápia!

Don Clemente Sandoval,
que es un completo animal,

à su hijo preguntó un día:
—Vamos à ver: ¿y qué tal
andamos de geometría?

Y el chico, que en sus modales
muestra ser de los formales,
le replicó: —Bien, papá;
hace dos días que ya
ando con «horizontales.»

JAVIER VALCARCE OCAMPO

SÚRGITE

Gallard: juventud, ave canora
Que abres las alas nuevas para el vuelo,
Deja de ser alondra con la aurora,
Sé con el día águila en el cielo.

Tus alas hunde allí donde se asienta
La negra sombra con mortal desmayo,
Donde funde terrible la tormenta
Con lívidos relámpagos el rayo.

Desafia su cólera salvaje
Y entona allí tu canto de victoria.
¿Qué importa que destrocen tu plumaje?
Toda olímpica lucha es al fin gloria!

Deja la estrofa brillantada y quieta
Que Anacreón alzó, gala de Orfeo,
Rompe el lazo de mirtos que sujeta,
Toma bélica trompa y sé Tirteo.

Jóven ramaje, vigoroso y fuerte
Tu copa extenderás alta y lozana;
Que en árbol el arbusto se convierte
Y en día esplendoroso la mañana.

Destruye las parásitas que llenan
El rico suelo en que nacer te plugo,
Sus abrazos à muerte te condenan
Y es preciso vivir; sé pues verdugo.

Brote que te alzas al nacer la aurora
Cuando prende la luz blanco celaje,

La yedra que te oprime arroja ahora
Y al viento agita tu viril ramaje.

Y si vencer no puedes opresores
Lazos que con tu cólera fulminas,
No te revistas de hojas, ni de flores,
Revístete de nudos y de espinas.

Tú eres del porvenir y él en ti espera,
Cuenta darás ante su templo un día,
Feliz si llegas con triunfal bandera
Herido gladiador en la porfia.

Deja el dulce calor del nido estrecho
Donde el amor aduerme su esperanza,
Y ve à la lucha descubierto el pecho
Embrazado el broquel, limpia la lanza.

¡León gigante que en abrupta roca,
Sus garras afiló y entra en la lucha!
Espartaco sublime en cuya boca
Un solo grito de furor se escucha!

Tus armas vencerán, recobra aliento
Ya en el cerebro humano, Etna caudente,
Uu Vulcano moderno: el pensamiento,
Forjó la idea como rayo ardiente.

Con ella triunfarás, álzate y vibre
De la venganza el rayo que desgaja
Sé digna de vivir y de ser libre,
Hércules inmortal, lucha y trabaja.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL

(Mexicano)



¿Ven ustedes lo que se habla de regionalismo y de amor á la tierra?

Pues oigan ahora: Periódicos que por regionalistas se tienen, ocupan media columna con los sumarios de revistas madrileñas y catalanas «haciéndoles el artículo» y en cambio ni noticia dán de la revista que en Galicia se publica.

Con lo cual están en su perfecto derecho; no lo niego.

Pero de eso á practicar el tan decantado amor á las cosas de la tierra ¡media un abismo!

Los periódicos madrileños siguen escribiendo *Mondáriz*, así, con un acento en la *a* que parte los corazones.

Pero ¿aún estamos en eso?

Felizmente nuestros ruegos están siendo atendidos.

Suscriptores y corresponsales vienen estos días renovando suscripciones y liquidando cuentas con una actividad que nunca les agradeceremos bastante.

Muy contados son ya los que aun quedan en descubierto.

Y al dar gracias á muchos que han sido atentos y que pagaron pronto, sin cumplimientos,

con buenos modos suplico á los restantes... que paguen todos.

Me entero sin sorpresa de la cuestión que sostienen dos periódicos de Buenos Aires

Ambos son gallegos (pero ¡qué bien fraternizamos aún fuera del país!)

Uno echa en cara al otro que copia todos los trabajos que publica y llega á acusarle de haber reproducido íntegro un libro sin permiso del autor.

No me extraña. Aquí pasa lo mismo todos los días.

No faltan revistas literarias que se pavonean con grandes y esplendorosos sumarios, bien nutridos de trabajos y honrados con buenas firmas.

Y ¿cuál es el secreto?

La tijera, la desenfadada tijera que corta cuanto encuentra como si la propiedad intelectual fuese un mito.

Créanlo ustedes, para publicar una revista con trabajos buenos é inéditos, hay que sudar mucho y soltar los cuartos cuando hace falta.

Cierto es que así la empresa se pasa la vida trabajando para el Nuncio

Pero siempre queda algo; por

lo menos la negra honrilla satisfecha.

Que no todo es prosa y egoismo en este mundo.

CORRESPONDENCIA

Sr. D. O. P.—Buena es la gracia, pero no tanta.

¿Querrá V. creer que esa poesía hace llorar á las piedras?

K. Pu Ch T.—Pues sencillamente, no publico el romance porque no lo creo digno del EXTRACTO. Pero no se descorazone V. No faltarán revistas literarias y hasta periódicos diarios que admitan eso. ¡Admiten tales cosas!...

Glastone.—

La cosa es muy malita señor Glastone.

Y así es que no me sirve,
Y usted perdone.

Sr. D. P. R. V.—Eso no es de usted, sinó de Campoamor, aunque bastante estropeado.

Srta. R. A.—Siento mucho no poder complacerla. Y como estos términos son bastante ambiguos para los que no están en el secreto, aclararé diciendo que una colección completa de esta revista es imposible enviársela. Si la quiere V. sin el número primero, que es el agotado, avise.

Sr. D. A. L.—El artículo es demasiado largo y no puede ir. Cierto es que publico trabajos en prosa largos también. Pero eso es cuando la firma... ¿Me ha entendido V.?

Sr. D. A. B.—El asunto, sin ser nuevo, no está mal explotado, y los versos podrían publicarse. Pero la medida, señor A. B., la medida. ¡A. B... Maria Purísima!

Figaro.—Me dice V. que me envía «el siguiente artículo» y resulta que á continuación vienen unos versos.

Pues... apaga y vámonos.

Cerezo.—Cerezo ¿eh? Pues parece usted un roble, á juzgar por el fruto.

La correspondencia literaria y administrativa, al Director de esta revista, Torcuato Ulloa, Santa Maria, 6.—Pontevedra.

SUMARIO

TEXTO.— *Andrés Mellado* (semblanza.)—*Crónica de la Semana*, por Torcuato Ulloa.—*Amanecer* por Eduardo Luis del Palacio—*Via libre*, por Augusto G. Besada.—*Adios á Galicia*, por Fidel Melgares.—*El valor del dinero*, por Manuel Ossorio y Bernard.—*Fraile-rías*, por José G. Acuña.—*Epigramas*, por Javier Valcarce Ocampo.—*Súrgite*, por Manuel Larrañaga Portugal.—*Gránulos*.—*Correspondencia*.—Anuncios.

GRABADOS.—*Retrato de don Andrés Mellado*, fotografado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa.)—*Ilustraciones de Cilla*.

**LÍNEA REGULAR DE VAPORES
TRASATLÁNTICOS**

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos

Saldrá el 27 de Agosto de 1893, el nuevo vapor español BERENGUER EL GRANDE, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera Tuxpan y Tampico.

Su consignatario en Pontevedra y Marín, D. José Riestra.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE A. LANDIN

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
, semestre,
3'50 idem.
, año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
, año, 10 id

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPañIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcia el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasa-
jeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente
servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es supe-
rior y variada siempre con vino. Asistencia méd'co-quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y
Franco. En Villagarcia, Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfon-
so Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 16 de Agosto saldrá para Rio-Janeiro, Montevideo y Buenos Aires el vapor

Corduan

El 30 de Agosto de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco,
Rio Janeiro y Santos el vapor

Adour

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la
Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arrenal 128; en Coruña Sres. Arce
y Comp^ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López

BALSMO DE FIEBRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.